

José Á. Ramírez Lozano

Un calcetín de lana rojo



menos**cuarto**

Colección CUADRANTE NUEVE

Premio de narrativa Camilo José Cela 2017
convocado por la Diputación de Guadalajara

© José A. Ramírez Lozano
© de esta edición, MENOSCUARTO [E. CÁLAMO, S. L.], 2019

Diseño de colección: ECHEVE
Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

ISBN: 978-84-15740-57-5
Dep. Legal: P-73/2019

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)
Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES
Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F
34005 PALENCIA (España)
Tfno. y fax: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para mi hermano Carmelo,
que me asomó a tan negra memoria.*

1. TORPEZAS

Ignacio Andía no esperaba que un calcetín rojo de lana fuera a cambiar su vida ni que sus artes de pesca se volvieran de repente tan provechosas. Acababa de alquilar aquel pisito de estudiante en Triana y esa noche la fortuna le puso delante el mejor caladero de su vida, el del patio interior. Parece ser que se asomó a tender el dichoso calcetín y, con esa torpeza suya y el recelo de que lo vieran las vecinas, el calcetín se le fue al fondo del patinillo. Y el suyo era un tercero.

Con tal de que no lo delatase la evidencia, no se le ocurrió mejor cosa que tomar el otro del par, cerrar la ventana del lavadero y meterse en casa a calcular detenidamente las consecuencias de tan grave contrariedad.

Ignacio Andía había sido de siempre un recluso de sí mismo que no acertaba a romper el caparazón de su timidez y se blindaba sin querer, preso de una soledad que le venía impuesta en los genes como un designio. Había nacido en Yurre, con lo que el muchacho se crió en caseríos de montaña, hecho solo al arrimo de las bestias. Apenas si decía monosílabos, sílabas sin domeñar de un vascuence duro que lo fue atrincherando en su soledad, ajeno a la

escuela de los hombres y a la lección de los tiempos. Si su padre lo mandó a Sevilla a estudiar, fue porque ganase en espontaneidad y en don de gentes.

El suyo no era cualquier calcetín. Un calcetín rojo no era común en aquel patio. Sabrían de inmediato que le pertenecía. No podría ser de otro que del nuevo inquilino del tercero. Eso lo desconcertaba. Ir dejando indicios de su intimidad sin saber antes la catadura de sus vecinos le parecía un mal proceder. Y no por obscenidad, sino por ese temor atávico que tenía a desmerecerse, a no corresponder a las expectativas que el amor o la amistad podrían exigirle.

Había aprendido a conformarse con la respuesta de todo lo que no podía responderle. A todo aquello que le hablaba callando. Leía y traducía. Solo le quedaba un año para licenciarse en Traducción e Interpretación. Su pasión por otras lenguas delataba esa oscura ansiedad por comunicarse, la angustia de su incapacidad. Cientos de vidas ajenas que pasaban por sus páginas y que habían hecho de él un lector avezado, capaz de interpretar los gestos más insospechados, la deriva de las más oscuras conductas. Había puesto en comunicación a cientos de lectores de distintas lenguas sin ser capaz él de comunicarse. Su vida toda resultaba sin duda una paradoja. Eso lo descomponía. En cualquier metedura de pata, por insignificante que fuese, solía leer el signo de su desgracia.

Esta vez, si no lo remediaba, al día siguiente aquel maldito calcetín rojo lo pondría en evidencia. Él, que solo tendía de noche y que antes que el alba despuntara ya

había retirado su ropa, se temía lo peor, el escándalo. Es más, había advertido que los vecinos del bajo eran unos chinos de los que apenas si dan los buenos días, unos chinos de intriga que, cosa extraña en ellos, tenían un perrito pekinés que sacaban al patinillo para sus necesidades.

—Nada más atractivo para el animalito que mi calcetín rojo —se dijo en voz alta, como siempre que buscaba convencimiento—. Maldita sea. Este es capaz de reconocerme por el olfato.

Fue entonces cuando se le ocurrió lo de la caña. No tuvo más que irse al ropero y echar mano de ella. Una caña de fibra de carbono nunca le faltó, como tampoco un bolígrafo, precisamente los dos objetos que procuran la soledad. El deporte del aislamiento y la más solitaria de las profesiones.

—Ven acá —le dijo a la caña con la resolución de la certeza—. Tú y yo vamos a salir esta vez de pesca nocturna. Peces tienen las sombras que los hombres ignoran. Ya lo verás.

Le puso un par de anzuelos y abrió la ventana del patinillo. Todo con el mayor sigilo y la alevosía de un furtivo. La noche era una de esas noches templadas de abril y en una ciudad como Sevilla la vida se vuelve comunal hasta la impudicia. Cientos de voces que venían a juntarse en el guirigay del patio y que, al contrario de lo que en principio pudo temerse Ignacio, resultaban ahora de su complicidad, enajenados los vecinos todos, entregados al cuchareo de las cocinas y al embeleco de las televisiones.

Sacó la caña al hueco. Calculó la distancia y trató de adivinar el calcetín en el fondo del patio. Allí estaba. La noche no había conseguido apagar del todo el reclamo de su color. Para Ignacio era algo impúdico, la prueba de una vergüenza irreparable que apuntaba a él sin discusión alguna. Si calculamos la gravedad y el punto de caída, no pudo venir más que de los lavaderos de los pisos B. Y, de entre ellos, del suyo. Simplemente por lógica. Nunca antes pudo haber un calcetín rojo de marca en aquel patio. La vecindad rondaba los ochenta, gente de luto y lana vieja.

—Que no. Seguro que no —argumentó Ignacio asumiendo la evidencia.

La operación presentaba sus dificultades. En este tipo de pesca contaba mucho más la habilidad que la paciencia. Primeramente había que evitar el estorbo que suponía el cordel de los cientos de tendederos que entretejían el hueco del patio. Para un pescador de raza como Ignacio aquellas ristras de ropa resultaban sargazos de un mar abisal en los que el anzuelo podía quedar atrapado.

—No lo quiera el destino —se dijo sacando la lengua en un esfuerzo por atinar con el sedal entre la ropa tendida.

Luego venía lo más difícil, que picase. Que aquel barbo rojo del calcetín picase sin otro cebo que el de su propia habilidad. Abrigaba la esperanza de que, siendo de lana, podría engancharlo mejor que si fuese de fibra. Eso a favor. En contra, que si estaba seco, como se temía, iba a resultarle aún más difícil. Solo el peso de la humedad podía contribuir a fijarlo en el anzuelo.

Fue soltando el carrete con taimada alevosía hasta que sintió que tocaba el suelo. Luego movió la caña a modo de rastras. Toco el borde de la prenda y tiró tanteando el acierto. En ese momento pasaron por sus ojos todos los barbos que había pescado en su vida. Los vio pasar repentinos, brillantes, como la premonición de un triunfo. Pero no, el maldito calcetín seguía allí, lo mismo que un pecado antiguo que negara su propia redención.

Se acomodó. Calculó de nuevo el sitio y volvió a la carga. La constancia había sido una de sus mayores virtudes desde pequeño. Un vasco que se precie no abandona jamás en el primer intento.

Esta vez estuvo a punto de conseguirlo. El calcetín se alzó tres palmos del suelo pero volvió a caer. Tal vez la sequedad, quién sabe si la falta de equilibrio en el peso. El caso es que Ignacio apretó los labios en una mueca de fastidio y maldijo a los peces todos que habían pasado por su vida.

Y estaba ya en el tercero de sus intentos, cuando sintió la voz de una vecina del quinto.

—Anda, Felipe, hijo, quítame esa ropa del tendedero que se me va a ahumar con ese tufo a sardina.

Ignacio Andía soltó el carrete de repente y recogió la caña sin advertir la pesca. Solo cuando tuvo cerrada la ventana del lavadero pudo ver con claridad que se trataba de una media. Con el anzuelo se había traído una media negra de alguna de las vecinas, a saber cuál de ellas.

El destino no estaba de su parte esa noche. Nunca lo había estado. Es más, siempre que podía se la jugaba. Lo

había enajenado del mundo y apenas si le daba participación en la feria de sus empeños. Si optó por el aprendizaje de otras lenguas, fue por burlarlo. Eso, como si el destino hablase solo el vascuence o fuera una especie autóctona del castellano. Su padre acertó. Si acabó viniéndose al sur fue por lo mismo, por darle así esquinazo e inaugurar otras vidas que la que le había tocado en suerte. Gente como la andaluza, extrovertida y dicharachera, podía facilitarle el trabajo de acercamiento que él era incapaz de asumir.

Pero no de esa manera. Aquella media era un cebo envenenado que el destino le había vuelto a poner por delante para martirizar su pudicia y acarrearle un nuevo escándalo. Una relación con lo ajeno no podía iniciarse por lo más íntimo. Primeramente tiene que haber un contacto de vecindad, puramente cortés y ocasional, como el de los buenos días o el de oiga, que mire, que el cartero ha dejado este paquete para usted. Digo yo.

Bien. Pues, después de aquello, renunció al calcetín y dio en cavilaciones sobre la dichosa media.

—Ni pío, Andía —se nombró por el apellido—. Tú de esto ni mu. Te desacreditaría.

Cuando el destino lo castigaba con situaciones adversas en las que había que tomar decisiones de urgencia, Ignacio solía llamarse a sí mismo por el apellido. Un ejercicio de distanciamiento con el que pretendía descargar la responsabilidad de una acción que estaba inevitablemente condenada al desastre. Dejaba para Andía la culpa y se refugiaba en el nombre.

—Tú lo que tienes que hacer, Andía, es quedarte con la media hasta que alguien reclame su propiedad. Entonces vas y se la devuelves. Sí, ¿pero con qué excusa? ¿Con la de que te vino a parar a tu cordel? No. Una media no puede caer de abajo arriba. Tan tonta no es la gente. Tendrás que aguardar mejor a que la dueña salga a tender la otra media del par. Eso es —cayó de repente—, esa otra debe de estar colgada.

Se asomó. Abrió la ventana con la unción con que una monja te recibe por la rendija del torno y comprobó que no, que no había otra media igual en todo el tendadero que le sacase del dilema.

—No puede ser, Andía. Esa ha hecho lo que harías tú en cuanto hubieras sentido el tirón, retirarla, retirarla por pura pudicia de saber que alguien se habría quedado con la otra por fetichismo, quién sabe.

Ignacio descartaba los chinos del bajo. Quitándolos a ellos, su dueña no podía ser más que del primero o segundo. Pero también de alguno de los pisos de enfrente. Lo cordajes de los de enfrente atravesaban el patio de pared a pared para anclarse a dos palmos del alféizar de su terraza. Un sistema de carruchas escandaloso que hacía que una prenda íntima del vecino de enfrente, por mor de ese mecanismo de polea, viniese a parar hasta su terraza, secándose ante sus mismas narices. Algo verdaderamente indigno.

Vete a saber, pues, de qué cordel procedía la dichosa media.

Ignacio la olió con el reparo del asco y el morbo de la seducción. Luego, hizo un ovillito con ella y la guardó en la mesilla de noche, junto con sus calzoncillos rojos y las fotos de cuando era pequeño.

El rojo era su color preferido de ropa íntima. Calcetines rojos y también calzoncillos rojos de lunares o con pequeños corazoncitos como setas. Esa era la única manera que Ignacio había tenido de rebelarse contra la timidez, castigarla con el reclamo impúdico de sus más vivos colores. Una venganza contra su propia cobardía.

Y se durmió. Esa noche durmió sin el contento del hoy ni la ambición del mañana, sujeto como estaba al avatar con que el destino lo zarandeaba, abandonado de sí mismo, con esa falta de disposición que hace más bendito el sueño, el sueño sin ambición de los desheredados del mundo.

2. LOS RASTROS DEL PEKINÉS

Esa mañana despertó de espaldas a la vida, tumbado boca-bajo, igual que si la noche anterior hubiera sido arrojado a la celda más oscura y no quisiera abrir los ojos para no advertir así el cerco de la adversidad. Una pereza infinita le repartía sus miembros por el colchón, deshecho de sí, todo abandono.

Un cuerpo tibio de mujer. Cuántas veces había soñado que se despertaba junto al cuerpo de la mujer soñada. Un cuerpo de mujer era una geografía oculta bajo las sábanas, un territorio prohibido que algún día soñaba conquistar. Sabía que el arma era la palabra, la palabra viva en su voz. Las suyas, en cambio, eran solo signos oscuros, caligráficos, huérfanos de una fonética, de un aliento que les pusiera el alma en la boca. Cuánto más le hubiera valido un mugido, ese oscuro y ardiente mugido de las vacas, que la frialdad dactilográfica de sus muchas traducciones. Eso, el jadeo cercano de un animal.

Y eso más o menos fue lo que vino entonces a suceder. Porque Ignacio sintió unos ladridos a la puerta que no supo en principio distinguir de lo imaginado. Pero, al cabo, fue su insistencia la que lo sacó de duda. Era un perro.

—Auh, auh.

Nunca se sabe bien si es la intuición misma la que precipita la realidad. Pero no cabe duda alguna que la convoca.

Ignacio Andía se puso en lo peor.

—¡El pekinés! ¡Ese es el pekinés, Andía!

Se echó abajo de la cama y dio en correr hacia la puerta, descalzo, con sus calzoncillos de lunares rojos casi en las pantorrillas, que apenas si le dejaban echar el pie.

—Míralo, ahí lo tienes, Andía —se dijo nada más pegar el ojo a la mirilla—. Y lo peor es que lo que trae en la boca es tu calcetín. ¡Te ha calado por el olfato!

El destino volvió a plantearle así, a bocajarro, una disyuntiva de urgencia para la que no estuvo jamás preparado. Porque, vamos a ver, si abría la puerta se le metía en casa dejándolo en evidencia. Y eso no. No quería un polizón canino de su intimidad. Pero, por el contrario, ¿qué mayor evidencia que la de aquel perro ladrándole en su puerta? Había que abrir y hacerse con el calcetín sin que el chucho le tomase su privacidad. Bastante se la había tomado ya con identificarlo por el olfato. A saber si los chinos sabían más de lo que suponíamos de nosotros mismos.

Abrió. Cuando el chucho vio que abría, pareció apaciguar la frecuencia de sus ladridos. Eso le dio confianza. Ignacio se asomó con el recelo de lo imprevisible e hizo amago de coger el calcetín. El pekinés entonces se apartó de la prenda que había soltado en el suelo y permitió, atento, tiasas sus orejas, que Ignacio la cogiera.

No le quedó otra que hacer un gesto de agradecimiento que no supo cómo articular. Jamás había traducido para perros, pero en ese instante lo echó de menos con la mayor naturalidad. Quién sabe si el de los animales era el camino más corto para llegar a entenderse con los hombres. Así que arrugó un poco sus morros en un amago comunicativo y el perro pareció corresponderle también con el hocico. Y más aún cuando lo vio largarse escaleras abajo con cierto convencimiento, no había más que ver el meneo de la cola. Todo lo decía.

—Lo que tú acabas de ver no puedes contarlo, Andía —se dijo Ignacio nada más cerrar la puerta—. Lo cuentas y no solo no te creen sino que pierdes las amistades para siempre. Así que a callar y a ver en qué para esto, Andía.

Aquel suceso incentivó en Ignacio la curiosidad. Sintió de repente que un cierto entusiasmo le tonificaba el alma. La vida parecía querer sorprenderle con la vida misma. Y tuvo por primera vez la sensación de que algo maravilloso iba a sucederle en aquel pisito trianero. Eso le llevó a la conclusión de que no podía dejar todo el trabajo a la fortuna, que de algún modo también él debería participar para que el destino fuera realmente suyo. Complicidad, eso es, mucha complicidad.

Se fue decidido a su mesilla de noche y sacó del cajón la media negra. Si el azar le había puesto en su mano aquel objeto, seguro que no era en vano. Él tenía que ser un elemento activo en la rueda que mueve la fortuna, en el entramado con que ella anuda y enreda la vida, no hacien-

do distingos entre los animales y los hombres, los hombres y los objetos. Unos y otros se concatenan para desencadenar la realidad que nos asiste.

—Piensa, Andía —se dijo—. Recapacita. ¿Cuál puede ser tu cometido en esa hermosa empresa de construir el devenir? Esta media está aquí no para quedarse. Es un activo, un argumento que solo tendrá efecto si se ayuda de tu complicidad. Haz algo. Puedes tenderla en tu cordel o, mejor, en el del vecino de enfrente. Aunque la vean pegadita a tu lavadero, sabrán que ese cordel no te pertenece, que el fetichista es el vecino del tercero B, no el del A como en principio y a simple vista pudiera parecer. Pero no. Lo intrigante aquí es la dueña. ¿Qué puede llevarme hasta ella? ¿Qué fue lo que trajo el calcetín hasta mí? El perro. Pues el perro. El olfato canino es el sistema de comunicación más elemental. Hagámoslo valer.

Tomó la media por su liga, pinzándola con sus dedos, y toda ella se deslió en el aire como una negra banderola que inaugura el inicio de su incorporación a filas. Esa ingente columna de voluntarios que participan de la sinergia con que el azar hace rotar la maquinaria de los días. Desde ese mismo momento se sintió asistido por útil, acogido en el gran concierto social.

—Si trajo el calcetín, traerá la media, Andía. Al patinillo con ella.

Volvió a liarla, haciendo con ella una pelota, y la arrojó por la ventana del lavadero con la pillería de un niño. La media rebotó en el cordel del primero y fue a caer en

medio del patinillo, junto a la lata con agua que los chinos le tenían al pekinés.

Ahora había que esperar y estar atento. Muy atento. El pekinés solo salía al patio en contadas ocasiones. Una mano oscura le abría la puerta cada dos horas para que bebiera y estirase las patas. Todo debía de estar en el bajo muy medido. Como si el de los chinos fuese un mundo abisal y el perro tuviese que salir a tomar oxígeno a cada tiempo. Una mano, la que le abría, que parecía manejar las claves de un mundo sobre el que se cimentaba todo el edificio y por ende la vida de sus inquilinos. Más valía, por tanto, estar alerta con los chinos.

Hoy ni iría por la facultad ni traduciría una sola página. Por primera vez traduciría la vida, interpretando sus signos más elementales, interceptando su propio relato para hacerlo suyo también, para formar parte de su argumento, del que el destino o la mala fortuna lo habían dejado fuera. Se apostó en la ventana, la entornó de manera que el vecino de enfrente, un tipo extraño y gordo, no lo sorprendiera, y estuvo haciendo tiempo con una tostada en la boca.

Abajo, apenas podía adivinar un tercio del patio. De los ocho vecinos, solo tres tendían con efusividad. Los tres cordeles siempre llenos de ropa. Los del primero y segundo de enfrente, y el segundo de los de su letra. Así no había modo de controlar con claridad las entradas y salidas del pekinés, de no ser que uno se lo propusiera, y se pasase el día en la ventana. Además, no ladraba. Las más

de las veces salía al patio corretón, bebía de la lata, husmeaba alzando el hocico en un gesto de inspección y se volvía a meter en el misterio chino de aquella casa. Otras sí. Había veces que daba un par de ladridos agrios, como de disgusto o desaprobación. Como si entre la ropa tendida hubiese alguna prenda no muy de su agrado. Eso lo intrigaba aún más. Ignacio se iba interesando en traducir e interpretar no solo silencios y ladridos, también las prendas, cientos de ropas tendidas que semejaban un renglón y que, sin duda, tenían su lectura y se reescribían cada día como un texto que no acababa nunca de componerse.

—Ahí lo tienes ya. —Se limpió la boca con la manga del pijama y se frotó luego los ojos como despejándose los.

Lo vio corretear pimpollo hasta su lata y, aunque no podía divisarlo entre las sábanas, sí que sentía los lametones de su sed. Luego dio dos carreras husmeando, como si venteara una caza imposible, y se detuvo donde la media.

—Anda traduce —apuntó Ignacio por lo bajo—. Traduce, intérprete de olfatos, doctor narices.

Y eso mismo hizo el animalito. La olfateó, la agarró con sus caninos y se la llevó arrastrando para dentro. Luego la puerta, la apenas rendija de aquella puerta, se cerró misteriosa.

Ahora era otro el cometido. Había que seguir estando atento no al patinillo sino al hueco de escaleras. Si el mecanismo instintivo del pekinés reaccionaba del mismo modo que con su calcetín, volverían a tener razón los conductistas. El perro tendría que aparecer por la puerta prin-

cial con la media en la boca y, escaleras arriba, dar en ladrar ante la puerta de la dueña.

Entreabrió la suya. Esta vez la mirilla no bastaba. Era necesario escuchar con precisión en qué piso y en qué puerta se detenía aquel chucho.

—Naturalidad, Andía —se aconsejó—. Ante todo mucha naturalidad.

Al contrario que en el norte, Ignacio había observado que la gente de Triana apenas ponía reparo a su privacidad, dejando la puerta abierta, toda la casa en la calle. Se esforzó pues en asumir su situación como natural. No tenía por qué infundir sospecha alguna en el vecino del A si lo cogía infraganti. Se puso un chubasquero por más recato e incluso se atrevió a salir al descansillo como eso, como quien espera un paquete del cartero o aguarda a que suba un familiar que le llegó de Lugo, por qué no.

En efecto, a eso de los diez minutos sintió abrirse una puerta e inmediatamente después el jadeo del perro. Subía. Podían escucharse las garras de sus patas arañando el mármol de las escaleras. Esa ansiedad desatada, frenética, con que los perros buscan la presa y rematan el mandato que los motiva. Se detuvo pronto, sin duda en el primero. Luego comenzó a ladrar con esos ladridos ridículos que tienen más de chillidos de rata que de branca gravedad canina.

—La del primero es. Tocada —añadió victorioso, lo mismo que si acabara de hundir un buque de guerra en el juego ese de los barcos.

La realidad estaba entretejida por una serie de hilos insospechados, más bien movimientos extraños y consecutivos que dictaba el azar pero que podían interferir también los hombres modificando sus trayectorias, provocando entre ellos carambolas, como esta del pekinés, que acababan reactivando el contacto entre los vecinos, generando ese entramado de vida que entendemos por convivencia.

Ignacio, después de presenciar aquello, advirtió que entre la inquilina del primero y él había una sintonía, un paralelismo vital que los hermanaba. Eso le provocó una curiosidad insospechada por ella. Y no menor por los chinos del primero. A Ignacio se le hacía que estos hilos los movían los chinos, que el mundo entero estaba manejado por ellos. Que lo de las tiendas chinas era solo una tapadera para disimular y excusar con ellas su verdadero objetivo, el de manejar nuestras almas, los vectores de nuestras conductas.

3. LA TRAMA CHINA

Hay un momento en la vida de cada joven en que la fortuna se muestra complaciente y deja el cabo suelto de una señal para que el perdido la interprete y redima con ella su soledad. La de Ignacio había estado en ese calcetín. Con él había descubierto el hilo de esa madeja con que la vida se teje y de la que ahora tenía un cabo en su mano.

Apenas si hacía una semana que llegó a Sevilla y ya quería saber de sus vecinos. Cinco días ignorándolos y ahora, de pronto, esta curiosidad que le comía el alma, loco por saber de la dueña de aquella media.

—Calma, Andía. —Detuvo el paso repentino—. Todo se andará. Cada historia tiene su tiempo, como tiene su hora el día. No vaya a quebrarse el hilo.

Ignacio volvió a echar mano de la virtud de pescador que había tenido desde niño. Se recomendó la paciencia misma con que aguardaba allá en el Arratia a que los barbos picasen y decidió apostarse en la ventana de su lavadero atento al soniquete de la carrucha del primer piso.

Ella debía de ser también, como él, de las que tienden de noche. Seguro que una mujer de poca edad, a juzgar por el modelo de la media. Estudiaría tal vez en alguna facultad y la vida le habría dado esquinazo.